

La señorita Emily Rhodes llevaba en Londres poco más de un año cuando decidió ceder su apartamento y alquilar una casa. El apartamento era bastante cómodo pero, como decía la señorita Rhodes, estaba cansada de tener sus pinturas y su caballete junto a sus tazas de té. En consecuencia, recurrió a los anuncios del Times.

En abril encontró lo que buscaba. El anuncio decía:

ALQUILER: En Haney Lane.

Cerca de la estación de Knightsbridge. 2 plantas, 12 habitaciones. Completamente amueblado. Incluye invernadero y ac. Longeway y Longeway, agentes.

Ella leyó el anuncio por segunda vez. El invernadero que podía convertir en un estudio sonaba ideal, pero, ¿qué demonios era un ac? Las dos letras no significaban nada para ella.

La señorita Rhodes tenía treinta y dos años. Era una mujer alta y angulosa, con cabello negro y ojos gris metal, nunca se había casado por la sencilla razón de que su amor por la pintura había ocupado demasiado de su tiempo.

Al día siguiente llamó a las oficinas de los agentes y la hicieron pasar para ver a Talbot Longeway, socio principal de la firma, un individuo delgado, de aspecto cadavérico, con la cabeza completamente calva.

—Ah, sí —dijo el señor Longeway—, la casa de Haney Lane. Una propiedad muy bonita. Y completamente amueblada. ¿Le gustaría verla?

—Primero —respondió la señorita Rhodes—, ¿le importaría decirme qué es un ac?

El agente tosió.

—Me temo que eso es una broma de mi hijo, que es el miembro más joven de esta firma.

—¿Pero, qué significa?

Talbot Longeway se movió incómodo.

—El hecho es que ac se refiere a un acuario que el antiguo propietario había

construido en la biblioteca y que nunca se ha retirado. No tiene por qué preocuparle en absoluto —agregó apresuradamente—. De hecho, es una pieza bastante atractiva aunque, lo admito, excesivamente grande.

No le importaba a la señorita Rhodes. Ella le dijo al agente que le gustaría ver la propiedad, entonces el señor Longeway llamó a un taxi y los dos fueron hasta la dirección de Haney Lane. La señorita Rhodes recorrió la casa con ojo crítico. Hizo algunas objeciones menores: una supuesta gotera en el techo del dormitorio, una buhardilla en malas condiciones, todo lo cual el agente acordó reparar. Después de regatear un poco el precio, firmó un contrato de arrendamiento.

Al día siguiente, la señorita Rhodes supervisó el transporte de sus pinturas, lienzos y posesiones personales a su nuevo hogar. Luego envió una carta a Edith Halbin, su vieja amiga en Bristol. Había adquirido una casa, escribió, y necesitaba a alguien que la ocupara con ella. Ahora no había nada en el camino del largamente contemplado traslado de Edith a Londres.

El 12 de abril llegó Edith Halbin, una mujer demacrada, prematuramente canosa, junto con dos maletas, tres baúles, un gato siamés llamado Kuching y cuatro gatitos.

La señorita Rhodes la saludó calurosamente y procedió a mostrarle la casa.

—Por supuesto, es mucho más espacio del que necesitamos —dijo alegremente—, pero me gusta respirar y... ¿Qué pasa?

Justo sobre el umbral de la biblioteca, Edith se había detenido y se quedó mirando al centro de la habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó.

La señorita Rhodes frunció levemente el ceño y abrió el camino como un guardia de museo poco dispuesto al que se le pide que describa una imagen desagradable. El acuario estaba montado sobre una plataforma baja y medía casi diez pies de largo por tres de ancho. A primera vista, se parecía a un sarcófago antiguo, con una cantería ornamental en cada esquina y ocho patas que parecían garras enormes. El tanque de vidrio que ocupaba la sección media de esta estructura estaba lleno hasta la marca de tres cuartos con agua turbia en la que Edith Halbin miraba ahora con ojos preocupados.

—¿Quieres decir que los peces viven en... eso? —preguntó ella.

La señorita Rhodes negó con la cabeza.

—No, no hay peces. Quien haya instalado este acuario era un conchólogo. Quería

reproducir lo más fielmente posible las condiciones naturales en las que se encuentran los especímenes.

—¿Qué es un conchólogo?

—Un coleccionista de conchas, caparazones de moluscos, reptiles, crustáceos, cosas así. Es todo un estudio, ¿sabes? Hubiera puesto agua dulce, pero la válvula parece estar atascada.

Edith Halbin se acercó un paso más. Un olor abrumador a putrefacción y agua estancada se elevó del acuario y se arrastró hasta sus fosas nasales. Con una mano alcanzó la pesada cubierta.

—Eso también está trabado —dijo la señorita Rhodes—. Tendré que llamar a un hombre para arreglarlo.

En la mayoría de los aspectos, la casa resultó ser todo lo que la señorita Rhodes había esperado. El invernadero sobresalía de la parte trasera y ofrecía tanto buena iluminación como aislamiento para su trabajo. Las habitaciones eran amplias y estaban bien ventiladas. Solo la biblioteca fue una decepción. Los muebles eran pesados y engorrosos y toda la habitación tenía una atmósfera de tristeza y depresión. También la puerta, de pesada madera de roble, persistía en chirriar por mucho aceite que se aplicara a las bisagras; estaba equipada con un pestillo que tenía un truco para cerrarse por sí mismo.

Una semana después de haber establecido su residencia conjunta, las dos mujeres tuvieron su primera visita. Al abrir la puerta, se encontraron con un hombre de mediana edad con un bigote erizado, sienes grisáceas y ojos pálidos detrás de enormes anteojos con montura de hueso.

—Creo que esto es tuyo —dijo sin preámbulos, entregando un gato muy mojado y desaliñado.

—¡Kuching! ¿Dónde has estado? —gritó Edith Halbin.

—Estaba en mi techo y no podía bajar —explicó el hombre—. Soy tu vecino, Lucius Bates.

Mientras Edith se hacía cargo del animal, la señorita Rhodes agradeció al visitante y le invitó a tomar el té. Abrió el camino hacia la biblioteca, que parecía la habitación más masculina de la casa.

—Veo que todavía está el acuario —dijo Lucius Bates algún tiempo después—. Si yo fuera tú, haría sacar esa cosa de aquí inmediatamente.

La señorita Rhodes empezó a servir el té.

—Ocupa demasiado espacio y, en el mejor de los casos, es una pieza fea —continuó—. Personalmente no me importa demasiado su contenido.

—¿Te refieres a los caparazones?

Bates asintió.

—Fueron recogidos, ya sabes, por Horatio Lear, el antiguo propietario de esta casa. Murió hace un año.

Edith Halbin, que había terminado de secar al siamés con un paño, miró hacia arriba.

—¿Es el Lear que era famoso por su trabajo en alta mar?

—Sí, en una campana de buceo. Exploró Senarbin Deep frente a la costa de Haití. Él también era especialista y sacó algunas conchas raras del fondo del océano.

—Creo recordar —dijo Edith Halbin— algún malestar relacionado con su nombre...

Lucius Bates asintió.

—Eso sería sobre su hermano, Edmund. Durante años, hubo malos sentimientos entre los dos hombres. Llegó a un punto culminante cuando Edmund acusó públicamente a Horatio de falsificar informes sobre las profundidades que había alcanzado en la campana de buceo. Pero deben haber arreglado sus diferencias, porque continuaron viviendo aquí, juntos, hasta que un día Edmund se fue.

—¿A dónde fue él?

—Realmente no lo sé. Horatio tampoco estaba seguro, aunque dijo algo sobre que su hermano tenía intereses en Haití.

—¿Esto es todo lo que queda de la colección de Horatio? —preguntó Edith Halbin, señalando el tanque con la cabeza.

Bates negó con la cabeza.

—No, pero por alguna razón destruyó la mayor parte antes de su muerte. Sufrió un ataque al corazón, ya sabes, mientras colocaba esa cubierta en el acuario.

Al día siguiente, mediante un trabajo duro, aunque poco hábil, la señorita Rhodes

consiguió poner en funcionamiento las válvulas. Vacío el tanque y entonces vio que el fondo estaba formado por una gruesa capa de arena grisácea sobre la que descansaban las conchas marinas o estaban parcialmente enterradas.

Mientras se llenaba el tanque, volvió su atención al escritorio de la biblioteca y se encontró con un cajón que no había abierto antes. Aquí había varias carpetas de archivos con el nombre Horatio Lear grabado en ellas. Una contenía un gráfico denominado Área del Caribe, Subdivisión: Senarbin Deep. Había otras cartas, muchas de ellas ilustradas con dibujos a pluma y tinta de la vida marina.

Mientras la señorita Rhodes revisaba estos documentos, se apoderó de ella el deseo de saber más sobre el tema. Al otro lado de la habitación, en una pequeña alcoba junto a la biblioteca propiamente dicha, Kuching, la siamesa, yacía sobre una almohada, rodeada por sus gatitos, y observaba con los ojos entrecerrados. Presumiblemente, la alcoba había sido construida para encuadernación, catalogación y otras tareas relacionadas, pero cuando Edith la vio, decidió que era el lugar para su mascota.

Al comparar cuidadosamente algunas de las conchas más pequeñas del tanque con las ilustraciones en los gráficos, la señorita Rhodes pudo catalogar una docena o más de especímenes, incluido un raro Colus azulado de Stimpson, una Solariella oscura de aguas profundas, una reina albina y un jarrón caribeño.

Luego comenzó a leer un papel mecanografiado que encontró en otra carpeta. El manuscrito parecía ser una mezcla de observaciones científicas de aguas profundas y comentarios autobiográficos. Mientras continuaba leyendo, una sensación de desapego e inquietud la invadió lentamente. Su primera impresión fue que Lear había sido un hombre muy erudito, completamente absorto en su trabajo. Pero cuando se encontró con varias anotaciones mordaces sobre su hermano, Edmund, su admiración se transformó en un sentimiento de repugnancia.

La señorita Rhodes se fue a la cama esa noche con la cabeza llena de pensamientos desagradables. ¿Qué clase de hombre era este, que estaba tan obsesionado con la ira hacia sus propios parientes, a tal punto que violaría la ética de su profesión al desnudar su alma en un artículo aparentemente dedicado a la ciencia? Además, su odio no parecía tener mayor motivo que la negativa de Edmund a aceptar la teoría de Horacio sobre algunas formas de vida marina profunda. No se explicó cuál era esa teoría.

La señorita Rhodes se agitó, inquieta, y finalmente se quedó dormida. Hacia las dos de la madrugada algo la despertó.

Los ruidos de la noche de primavera flotaban en su ventana abierta.

Entonces se dio cuenta de un maullido distante, proveniente del piso inferior. Se

levantó, se puso una bata y unas pantuflas y bajó las escaleras. En la puerta de la biblioteca accionó el interruptor de la luz y entró en la habitación.

Justo delante de ella estaba Kuching, con la espalda arqueada, la cola rígida y la cabeza levantada. Mientras miraba, el gato comenzó a avanzar como en cámara lenta.

—¡Kuching! —llamó la señorita Rhodes suavemente.

El siamés se balanceó y siseó, luego se volvió inseguro y se dirigió hacia la almohada en la alcoba. La señorita Rhodes la siguió y se inclinó. Solo había tres gatitos allí. Faltaba el cuarto.

Estaba en medio de un registro en la habitación cuando entró Edith Halbin.

—Creí haber oído algo —dijo—. ¿Qué pasa?

—Uno de los gatitos ha desaparecido —respondió la señorita Rhodes—. Debe estar por aquí en alguna parte.

Pero una investigación completa de la habitación no pudo revelar dónde estaba el animal. Luego, Edith Halbin señaló una de las pequeñas ventanas abiertas sobre las estanterías de libros de la pared. Su voz traicionó su sorpresa y consternación.

—Algo debe haber entrado por allí y se lo llevó. ¡Pobre Kuching!

La señorita Rhodes siguió su mirada y apretó los labios. Por alguna razón, no le dijo a su amiga que la altura hacía imposible entrar o salir por la ventana; tampoco le mostró lo que veía ahora junto a la mesa en medio de la habitación: un horrible mechón de piel coagulada en sangre, casi invisible en las sombras contra la oscuridad del suelo.

Al día siguiente, las dos mujeres se embarcaron en un proyecto que esperaban aligeraría el estado de ánimo en el que ambas habían caído: la pintura del retrato de Edith Halbin. La señorita Rhodes, genuinamente preocupada por su amiga, razonó que eso al menos la alejaría de la colección de libros de Horatio Lear, por los que había mostrado un interés extraño y malsano.

Para la señorita Rhodes, todo lo relacionado con la colección era poco saludable, desde las antiguas portadas en ruinas hasta el contenido casi fáctico, mitad místico, impregnado de folclore y superstición. Había, por ejemplo, una copia de *Hydrophinae* de Gantley, que contenía algunas de las ilustraciones más espantosas y horribles que había visto en su vida. Hubo una primera edición de *Habitantes de las profundidades* de Gaston Le Fe, quien, como decía el prólogo de manera bastante suave, había muerto loco. Y había un manuscrito pirateado del alemán *Unter Zee Kulden*, cuyas copias supuestamente habían sido destruidas en el siglo XVII.

Fue el efecto acumulativo que estos libros tuvieron sobre Edith Halbin lo que preocupó a la señorita Rhodes. Ella misma había pasado una hora con los volúmenes y se había marchado casi abrumada por el odio y los nervios destrozados.

Pero quizás el retrato cambiaría todo eso...

En contra de su buen juicio, la señorita Rhodes accedió a la solicitud de Edith de que hiciera el retrato con el fondo del acuario. Sin embargo, aunque intentaba mantener moderada la forma del recipiente, este persistió, mediante algún truco de pigmento o pincelada, destacándose con una importancia paralela a la figura principal del cuadro.

Además, el efecto del agua en el tanque no era en absoluto realista. Aquí se concentraba una densa sombra que ninguna modificación parecía poder aclarar.

Después de dos semanas, se hizo el retrato. Buscando alivio de la tarea terminada, la señorita Rhodes caminó hacia el pequeño patio detrás de la casa, sin preocuparse por la lluvia que caía de un cielo plomizo. En ese momento, se dio cuenta de que había un hombre en una escalera de mano en la propiedad contigua. Era Lucius Bates. Ella cruzó y le dio los buenos días.

—Pero uno húmedo y sombrío —dijo, apoyando la sierra en la rama del plátano que había estado podando—. Parece que un mal día sigue a otro.

Intercambiaron charlas ociosas.

—Aún no te has deshecho de esa monstruosidad de piedra, por lo que veo —dijo.

—¿Monstruos? ¡Oh, te refieres al acuario! Pero por qué...?

Bates se ajustó las enormes gafas.

—Tienes una biblioteca bastante bonita. Ese tanque no tiene buen gusto. A menudo me he preguntado por qué Horatio lo puso allí en primer lugar.

—Probablemente porque estaba cerca de su lugar de trabajo.

—Creo que una mesa seca habría sido un buen lugar para guardar sus muestras. Pero, bueno, Horatio estaba un poco conmovido.

La señorita Rhodes iba a mencionar los libros y artículos raros de Lear. En lugar de eso, dijo:

—¿De qué manera? ¿Conmovido, quiero decir?

Bates sonrió levemente.

—Bueno, por un lado, debido a su teoría favorita. Tenía la idea descabellada de que en algún lugar de las profundidades del océano existe un tipo de molusco altamente desarrollado capaz de emular ciertas características de las formas de vida que devora. Esa era su teoría original. En años posteriores, aparentemente, la disfrazó con un patrón de demonología, lo que equivale a una adaptación moderna de la superstición prehistórica y el folclore. Creía que estas especies submarinas son la encarnación de aquellos Dioses Mayores que gobernaron las profundidades antediluvianas y cuya existencia nos ha sido traída a nosotros en los oscuros mitos y leyendas de un pasado primitivo. Comandados por este gran Cthulhu, estos seres han permanecido dormidos durante eones en la ciudad hundida de Flann, esperando el momento en que se levantarían de nuevo para alimentarse y gobernar. Creía, además, que esta metempsicosis de los Dioses Mayores llevaba consigo un increíble poder latente y que si podía ayudarlos a alcanzar su destino, parte de ese poder le sería transmitido. Oh, Horatio realmente hizo todo lo posible en este místico seguimiento. Incluso le oí prometerle a su hermano, Edmund, todo tipo de maldiciones si seguía ridiculizando sus creencias.

—Curioso — ijo la señorita Rhodes—. ¿Qué edad tenía Horatio?

—Era lo suficientemente mayor. Cerca de los cincuenta, debería decir.

Para decepción de la señorita Rhodes, la pintura del retrato tuvo poco efecto en Edith Halbin. La chica de Bristol seguía merodeando por la biblioteca, perdida en el mundo impreso de las profundidades del mar. Cuanto más fantásticos, más macabros eran los libros y manuscritos, más absorta se volvía en ellos. Cuando se ocupaba de sus tareas domésticas lo hacía de forma mecánica, su mente obviamente estaba muy alejada del trabajo. Sin embargo, la señorita Rhodes se negó a alarmarse indebidamente. Edith siempre había sido una persona impresionable. La artista razonó que su amiga volvería a la normalidad tan pronto como pasara su fantasía.

Fue aproximadamente en este momento cuando comenzó el sonido. Comenzó como un soplo moderado, tan bajo que lo tomó como otra manifestación de la presión arterial alta que la había perturbado levemente durante algún tiempo. Día a día continuaba esporádicamente, ahora creciendo, ahora disminuyendo en intensidad; a veces desaparecía, y entonces pensaba con alivio que se había librado de él. Entonces volvería más fuerte y más persistente que antes. Cuando le preguntó a Edith si había oído algo inusual, la chica de Bristol se quedó en blanco.

El médico de Harley Street que finalmente consultó le hizo un examen de rutina.

—No puedo encontrar nada malo en ti —dijo—. Los canales auditivos parecen

normales en todos los aspectos. ¿Un murmullo, dices?

La señorita Rhodes asintió.

—Sí. Un latido bajo, como si... bueno, como si tuviera una gran caparazón hueca contra la oreja...

El médico pareció un poco perplejo. Entró en un discurso vago sobre los síntomas psicosomáticos y terminó prescribiendo un sedante suave.

Abril entró en mayo, el sonido continuó y la compañera de la señorita Rhodes se puso más inquieta. Se volvió descuidada en su vestir y olvidadiza en su discurso. Lo que era peor, se puso a caminar dormida. En tres noches sucesivas, la señorita Rhodes, que siempre tenía el sueño ligero, se despertó con el sonido de unos pasos en el suelo sin alfombra del pasillo exterior. La última noche, yendo de puntillas hacia su puerta, había visto a Edith pasar lentamente, con rigidez y con movimientos robóticos, descendiendo por las escaleras hasta la planta baja. En la entrada de la biblioteca, bajo el tenue resplandor de la luz nocturna, se detuvo un momento antes de entrar.

La señorita Rhodes se quedó junto a la puerta, vacilante. Había leído en alguna parte que despertar a un sonámbulo en medio de sus meandros podía provocarle un shock. Sin embargo, no podía permitir que su amiga se moviera al azar en esta condición.

Se apresuró a bajar las escaleras.

La biblioteca estaba en total oscuridad, pero cuando encendió la luz, lo que vio la mantuvo inmóvil por un instante. Edith había colocado una silla en el centro de la habitación y se sentó allí, rígida, mirando el acuario. Sus manos le colgaban a los costados; su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia abajo.

Había algo silenciosamente horrible en la postura tensa, en su concentración ciega. La señorita Rhodes le tocó el hombro.

—Debes haberte quedado dormida —le dijo suavemente—. Te dije que no leyeras tanto. Ven, te acompañaré a la cama.

Era un hecho curioso que el incidente del sonambulismo marcara el final de esa cadena de acontecimientos que tanto había perturbado a la señorita Rhodes. Como por arte de magia, Edith se despertó del estado de ánimo que se había apoderado de ella desde que llegó a esta casa. Y, como por arte de magia, también, el murmullo disminuyó y finalmente desapareció.

La propia climatología sufrió un cambio, los días nublados dieron paso a los soleados. Sin embargo, en lo profundo de la señorita Rhodes estaba la convicción de que era la

pausa antes de la tormenta.

La noche del diecinueve de mayo estaba trabajando en un nuevo cuadro. Durante una hora, Edith había observado en silencio a su amiga blandir sus pinceles y cepillos. Luego se puso de pie.

—Tengo algunas cartas que escribir —dijo.

La señorita Rhodes asintió, absorta en su trabajo. Al otro lado de la pared del fondo, el reloj de péndulo hacía tictac a través del silencio. El aire estaba húmedo. Afuera comenzaba a caer una lluvia ligera y el olor a tierra húmeda se filtraba por la ventana abierta.

La pintura, una naturaleza muerta, iba bien, mucho mejor que el retrato de Edith, y la señorita Rhodes trabajaba con entusiasmo. Tal vez pasó media hora antes de que se diera cuenta del silencio de la casa.

El silencio invadió el invernadero como una entidad viviente a través de la cual el leve rasgar de sus pinceladas sonaba anormalmente fuerte. Frunciendo un poco el ceño, se acercó a la puerta de y se quedó allí, escuchando. No se oía ningún sonido en la casa, ni el crujido de una silla, ni el susurro de un papel, nada.

Un pequeño escalofrío de inquietud comenzó a subir por su columna.

—¡Edith! —llamó vacilante—. ¿Estás bien?

Su voz corrió por el pasillo para provocar una descarga de ecos, pero no obtuvo respuesta.

La señorita Rhodes dejó el pincel y la paleta y se dirigió a la biblioteca. Llegó a la entrada y se detuvo, insegura. La puerta estaba cerrada. Llamó con un golpe insistente.

—¡Edith! —llamó—. Déjame entrar.

Ese mismo silencio sonoro le respondió.

De nuevo golpeó la puerta.

—¡Edith! ¿Por qué no respondes?

Su malestar dio paso a la alarma. Se volvió y corrió por el pasillo hacia la cocina, donde una llave maestra colgaba de un gancho en la pared. Un momento después, abrió la puerta de la biblioteca y entró en la habitación.

A primera vista, pensó que la habitación estaba vacía. Bajó la mirada al suelo y avanzó varios pasos. Durante un largo momento se quedó allí. Un hilo de saliva corrió por una comisura de su boca. Luego se volvió muy silenciosamente y salió de la habitación.

La lluvia, cayendo con más fuerza, la envolvió cuando salió por la puerta y bajó los escalones exteriores hacia la calle. Caminó por Haney Lane hasta Brompton Road, en dirección sudeste hacia Embankment. Siguió por Basil Street hasta Walton, abriéndose paso a ciegas a través del tráfico nocturno, sin darse cuenta de lo que la rodeaba, sin saber dónde estaba ni adónde iba.

Entró en Pont Street y, a medida que avanzaba, volvió a ver en su mente lo que había visto en la biblioteca, la imagen que viviría para siempre en su memoria: el cuerpo de Edith Halbin yaciendo inerte en el suelo... un cuerpo que estaba casi irreconocible porque la cabeza y la cara habían sido devoradas parcialmente.

El acuario ya no mostraba una solución gris lechosa en su interior, ahora era de un rosa repugnante. Y lo más espantoso de todo eran las marcas en el suelo, las circunvoluciones rojas todavía húmedas que se extendían desde el acuario hasta el cuerpo de Edith Halbin, y desde allí de vuelta al tanque, marcas que podrían haber sido hechas por alguna cosa que se arrastra, una cosa babosa, saciada con sangre.

La señorita Rhodes entró en Cadogan Square. Aquí se detuvo de repente, echó la cabeza hacia atrás y gritó...